

EL CATOLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPUBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO IX—T. IX |

San Salvador, Domingo 21 de Julio de 1889

| S. XXXIII—N. 393

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.



DEFUNCIÓN.

El señor don Teodoro Kreitz, de cuyo estado de gravedad hablamos en el número anterior, falleció al fin en Bon (Alemania) el 15 del corriente.

La noticia de su muerte, aunque esperada de momento á momento, pues los cables diarios eran sumamente alarmantes desde varios días, ha producido en su familia y en la sociedad en general, el dolor acerbo que producen solamente las pérdidas irreparables.

La religiosidad de las creencias del Señor Kreitz, su esmerada educación doméstica desde la niñez, la franqueza y la generosidad de su carácter, la ternura de su corazón por todo sufrimiento ajeno, y su instinto de justicia y de rectitud con toda clase de personas, son la extensa base del cúmulo de cualidades y de méritos que le atraieron el aprecio y el amor de cuantos le trataron.

No era de esos hombres cuyo pensamiento y actividad se agotan en sus propios intereses, ó en la comodidad de su familia, ó cuando mas llegan hasta favorecer al reducido círculo sus amigos mas íntimos; el Señor Kreitz era para cuantos tocaban con él, y la solicitud y generosidad de su corazón se derramaban en rebales abundantes, por doquiera que escuchaba el quejido de una necesidad ó el dolor de un sufrimiento.

Frecuentemente, casi siempre, se le veía ocupado de algo en provecho de los necesitados: unas veces recomendando á algún desconocido; otras, pidiendo dinero á sus amigos para familias que le confiaban sus necesidades; ya formando suscripciones para socorrer desgraciados; ya proponiendo arbitrios ó inventando proyectos para mejorar la condición de los pobres.

Muy pocas serán las familias de esta capital que, en esas circunstancias dolorosas de que ninguna está excepta, cuando la enfermedad ó la muerte de alguno de sus individuos, cuando la adversidad ó el infortunio vienen á turbar la calma del hogar, que no hayan visto al Señor Don Teodoro Kreitz como apropiándose la desgracia ajena y con su servicial y activo carácter, hacer los oficios y encargarse de las acciones, que son las mas consoladoras en aquellos momentos supremos.

Pero no son las necesidades privadas el campo principal de los mejores frutos de la caridad evangélica del Señor Kreitz. Hombre de verdadero espíritu público, católico sinceramente amante de su iglesia, se interesó y tomó parte como los que más, en todas las obras de beneficencia pública y de piedad religiosa entre nosotros. Él fué, puede decirse, el fundador de nuestro hermoso Cementerio, sacando del abandono en que dejó la ruina las tumbas de nuestros antepasados, y dándoles la bella forma, seguridad y respeto que ahora tienen. El Hospital, del que fué por muchos años Hermano Mayor, le debe los primeros y principales impulsos de ese desarrollo benéfico, que aumenta de día en día. A los hospicios, tanto de esta ciudad como la de Santa Tecla, dió importantísimos servicios. En las guerras, él se tomaba el cuidado de los heridos, y en compañía de algunos amigos participantes de sus mismas ideas, interesaba á las principales familias para que suministrasen lo necesario.

La gratitud nos obliga á mencionar especialmente, entre las obras más favorecidas por el Sr. D. Teodoro Kreitz, la Nueva Catedral y "El Católico."

La Nueva Catedral, considerada por el Sr. Kreitz, no solo como el mejor ornato de la capital, no solo como el centro mas poderoso de la moralidad pública, sino y principalmente como parte esencial del culto católico y como elemento necesario de la piedad religiosa, le mereció particular aprecio y muy valiosos servicios. En muchas ocasiones contribuyó con sus limosnas, inventó varios arbitrios para aumentar sus fondos, formó parte de las varias sociedades establecidas para servirla, y al tiempo de morir, era el Presidente de la Junta para la construcción de las portadas y atrios.

"El Católico" le reconocerá siempre como uno de sus principales bienhechores; pues fué uno de los miembros de la sociedad fundadora de dicho periódico, uno de los que más contribuyeron á su propagación y de los que manifestaron mayor interés por su sostenimiento. Sea este sencillo recuerdo de los favores de nuestro bienhechor, el testimonio más auténtico de nuestra gratitud y de nuestro pesar por su muerte.

Finalmente, las fiestas religiosas, las reparaciones de varios templos, la solemnidad en los actos del culto, las demostraciones de obsequio á los Prelados, su amistad con los sacerdotes, y todo lo que se relacionaba de algún modo con la religión, fueron siempre objeto especial de la piadosa generosidad, de la fé sincera, de la tierna devoción del Señor Kreitz. Todas aquellas instituciones, todos los centenares de favorecidos directa ó indirectamente por el Señor Kreitz, bendecirán su nombre y guardarán eterna-

mente su memoria.

Ya que hablamos de la piedad del **Señor Kreitz**, virtud que, á nuestro juicio lo mismo que al de los doctores de la Iglesia, es como el aceite que alimenta la llama de la caridad en la lámpara del corazón católico, permítasenos referir un episodio edificante de su vida, aunque no raro en la historia de la Iglesia.

El **Sr. Kreitz** profesó siempre filial devoción á la Santísima Virgen, Madre de Dios, bajo el título del Carmen. No solo hizo registrar su nombre en el Libro de la Cofradía de este título, sino que, como nos lo han referido las personas mas confidentes y allegadas á él, jamás omitió, ni en las circunstancias mas extremas, rezar antes de acostarse las preces de los hermanos del Carmen. Al partir á Europa, notando que su escapulario pudiera faltarle en el camino, se procuró y pidió otro nuevo. Pues bien, la muerte del **Sr. Kreitz**, se verificó precisamente en la misma fiesta del Carmen, como si aquella tiernísima Madre hubiese querido premiar la piedad filial, invitándole á participar de su celestial festín.

El amor á Dios que se llama *piedad* y el amor al prójimo que se llama *caridad*, son las dos virtudes que la fé cristiana nos presenta como las fundamentales y las más meritorias. A la primera, que constituye el primer mandamiento de la ley divina, está ofrecido el mayor y más rico premio; á la segunda, que identifica el amor al prójimo con el amor á Dios, está ofrecido el ciento en el cielo por el uno en la tierra.

Permítannos la apesurada familia del **Sr. D. Teodoro Kreitz** y la multitud de personas tristes por su muerte, que, para enjugar sus lágrimas y consolar su dolor, les ofrezcamos el recuerdo de la piedad y la caridad del virtuoso finado, como los mas suaves lienzos para enjugar el llanto, como las mejores prendas de su actual bienaventuranza.

Sabemos que la apreciable familia Kreitz deseaba tener cerca de sí los restos mortales y hacerles las honras fúnebres acostumbradas en la Iglesia, para lo cual se disponía á trasladarlos de Alemania á esta ciudad. Pero habiendo dispuesto el **Sr. Kreitz** en su testamento que su cuerpo fuese sepultado en el lugar en que muriera, su familia y sus amigos respetando sus últimas disposiciones, han tenido que conformarse con que sean sepultados en Zuelpich, que es lugar también de su nacimiento.

En cambio, la familia ha dispuesto hacerle en la Catedral los solemnes sufragios el día séptimo, privilegiado para los funerales.

"El Católico" se toma la libertad de invitar á sus lectores de esta capital para que asistan á ellos, y á todos los demás, para que rueguen en sus oraciones á Dios, por el eterno descanso del alma del piadoso y caritativo **Señor Don Teodoro Kreitz**.

R. I. P.

LAS MAGNIFICENCIAS DE MARÍA.

María, Gloria y Protectora de los pobres.

III.

En el seno de la pobreza se deslizaron sus días, por esto es el modelo y la gloria de los pobres, complaciéndose en protegerlos con el cariño que la madre emplea para velar sobre el más débil entre sus hijos.

La humildad es la virtud fundamental, así como el orgullo es el vicio príncipe; por esto, para cantar

la gloria de María, debemos partir de su causa consignada en el Evangelio: la humildad de una mujer trae en pos de sí la mano de Dios que en ella realiza portentos inenarrables, y estos forman la corona de su glorificación.

En el seno de la pobreza habita la virtud fundamental, y con mucha más confianza en la miserable choza del que no posee bienes terrenales en este mundo; aquí si que está como en su patria, respira el aire natal, vive dentro de su elemento. No hablamos del indigente que, bajo los harapos del mendigo, oculta un corazón de rico; este avaro y ambicioso es igual á aquel loco y opulento que arrostra los peligros y sufre toda clase de trabajos, que se afana y suda, todo por acumular bienes de este mundo, bienes que roban los ladrones y consume la polilla; en esa alma no vive la humildad, pues no es pobre si no por necesidad, de suerte que á pesar de su miseria, más fácil será que un camello pase por el hojo de una aguja que él entre en el reino de los Cielos. Hablamos sí, del pobre de corazón, que además de cumplir el precepto, llena también el consejo evangélico, que ni en el amor ni en la realidad posee la riqueza, que con un corazón de pobre sufre la escasez: en esa alma si que habita la humildad como el rey ocupa su trono.

Cumpliendo la verdadera y típica humildad, causa de su elevación, los días de María se deslizaron en la pobreza, y una pobreza en la que se reflejaban además, las consecuencias de la caída de una familia desde la cúspide de la riqueza y el poder, hasta el abatimiento de la indigencia y del olvido. La Virgen era hija de cien reyes, por sus venas corría la sangre noble de Judá y de David, contaba entre sus ascendientes á Abraham y Salomón, y al mecerse su cuna la extirpe de quien venía estaba destronada, el cetro de su familia fué usurpado y pasó á las manos de un extranjero. Estas condiciones no desaparecieron durante su vida: siempre fué pobre y una princesa olvidada.

¡Pobres del mundo!: vosotros que lo sois por el corazón y la realidad, mirad vuestro modelo; mirad como á vuestra porción vino á honrar la Madre de Dios, á vosotros á quien la ignorancia y la locura del mundo llaman *desheredados*, ese mundo que adora al becerro de oro y apura hasta las heces el cáliz del placer y la molicie; mirad como se engaña y cuán sin razón os desprecia! Dios quiso nacer en un pesebre, su Madre siempre vivió en la pobreza, y porqué?, porque la verdadera pobreza, según el Evangelio, es el tipo de la humildad, aquella virtud base de todas las demás. Bastaría que María hubiese nacido pobre de corazón, pero Dios no lo quiso así, sino que le dió por patrimonio una pobreza real; era tipo, y según la revelación, mas perfecto es aquel que nada tiene, pero ni el deseo de poseer; este es el consejo, no el precepto, el consejo sí, que no le llevan á la práctica mas pue las almas predilectas como los santos.

María, unida en matrimonio á un hombre de su extirpe, vive con su esposo en el seno de la indigencia, y este con el humilde oficio de artesano, procura el sustento cotidiano á aquella familia santa modelo de las familias cristianas; el sudor y el trabajo manual de José, son los únicos recursos con que cuentan Jesús y María. No vive la Virgen en la opulencia, sino en la pobreza suma: dá á luz á su Hijo en un establo, recostándolo en un pesebre, sobre paja, y cuando después de muerto piadosos varones le bajan de la cruz, su Madre no posee ni un sepulcro en que depositar el cadáver, debiéndole el servicio de una sepultura á José de Arimatea. Era María el modelo de los pobres y su dulce y agradable consuelo, viniendo así á

enaltecer á los que el mundo desprecia, ese mundo que fuera de la riqueza y el placer, no vé nada más allá, ni aspira en su ceguera á otra cosa, como si estos bienes materiales fuesen eternos y no volubles, como si fuesen exclusivamente del hombre y no perteneciesen al Dueño de la naturaleza y de la gracia, como si ellos saciaran la sed del corazón.

Así María viene á dar un mentís al mundo, viene á decirle que, á los ojos de Dios, es más querido el pobre que el opulento, y que según la sana filosofía y la sana razón, el hombre más feliz es aquel que no posee nada, pero ni el deseo de poseer; puesto que el viajero para que necesita en el camino una estancia construida á costa de fatigas en un lugar que no habitará sino de paso; más aún, ¿para qué se ha de afanar? si los lirios del campo se visten con más gala que Salomón en todo el esplendor de su poder, y cuando la hermosura del hombre y su felicidad consisten en el ejercicio de las virtudes, y no en esos falsos y efímeros oropeles, que pueden lo más comunmente aumentar el orgullo? Ah!, el pobre está ménos sujêto á ser víctima del orgullo que el rico, aunque éste viva desapegado de sus riquezâs; el pobre está ménos expuesto á adorar el becerro de oro. ¿No habeis visto retratada la humildad suma en la sencilla aldeana? ¿no veis más puras las costumbres, menos corrompidas las familias en los pueblos algo apartados de eso que nuestros contemporáneos llaman ilustración?; no veis en los habitantes de las poblaciones algo reducidas, menos mentira en sus lábios, más amor mutuo entre sí, menos crímenes, y sobre todo más buena fé en sus palabras y contratos cumplidos fielmente, aunque no están signados y rubricados por notario?; hay más humildad, he ahí el secreto, hay más pobreza, razón que descifra el enigma.

¿Dónde existe más orgullo, mayor mala fé, más corrupción, y con esto ménos religiosidad, ménos amor, ménos paz y quietud, sino en el seno de las grandes ciudades cultas y comerciales, fabriles y ricas?

El mundo no juzga así, esto es natural: lo que acabo de escribir, ante la falsa ciencia moderna, son herejías; los economistas me anatematizan, los sábios enciclopédicos, llamados periodistas, se ríen y burlan, y dirán muy alto que estoy fuera del glorioso movimiento del progreso, simbolizado en el crédito coronado por la bancarrota, y en la *Internacional* seguida de las huelgas; pero á pesar de todo, es la verdad según la historia y la experiencia. No es nuevo este proceder del mundo, esta risa no la ha escuchado solo el siglo XIX, la oyó el siglo de Augusto y los que le siguieron; pues risa ha provocado oír decir que el pobre era bienaventurado, que era feliz, ya que el mundo nunca encontró la felicidad sino en la riqueza y el placer, ó más bien dicho, creyó locura buscarla en las bajas regiones de la pobreza, pues el hallazgo soñado jamás fué realidad.

¡Oh pobres! Dios ha bendecido la pobreza real, la ha ennoblecido, declarándola amada de su corazón y preferida. Así lo demostró, cuando del seno de la indigencia hizo que apareciera María, y que en ella permaneciese durante toda su carrera mortal. Mirad ahora á la pobre de Nazaret, á la Esposa del artesano, á la desheredada, á la infeliz según el disparatado raciocinio del mundo: bien la veis, holla con su planta la serpiente tentadora y la luna símbolo de todo terrestre; á su vez las estrellas han formado círculo al rededor de su frente, y el sol, rey de los astros, sírvele de trono; el espíritu de amor se posa en sus puras manos, y su mirada arrobada en los Cielos goza las eternas delicias, escuchando sus oídos los himnos de los ángeles y las alabanzas de los Santos. Era pobre como vosotros, mirad si será agradable á Dios la pobreza real, cuando os dió un tal modelo y

os honró en tan alto grado, disponiendo que en la indigencia viviera siempre la Madre de Dios en la tierra!

Pero María, además de ser modelo y gloria de los pobres, es su protectora. La madre se desvela con más asiduidad por el más desvalido de sus hijos, y le es tanto más querido, cuanto mayor es su impotencia: la debilidad tiene cetro y corona, manda cuando pide, su sola presencia impone al corazón; creado para amar este corazón en quien se refleja la imágen del Dios, que ha descubierto las grandes cosas á los pequeñuelos y se las ocultó á los sabios del mundo, del Dios que se rodeaba de niños complaciéndose en abrazarlos, del Dios que escoje por apóstoles pescadores del mar de Galilea, no puede menos que amar y proteger al débil, amor y protección que en María raya en lo increíble, como su virtud supera á la de todos los justos unidos.

Los pobres en su enfermedad carecen de médico, de recursos, y María es su médico y su recurso; en sus pesares, no tienen quien les consuele; en su desnudez, quien les vista; en su hambre quien les alimente, y María en todos estos casos les socorre, dándoles consuelo, vestido, pan, alegrías tanto más indefinibles cuanto más sencillas. La Virgen es de los pobres; en sus dudas, consejero; en sus debilidades, fortaleza; en sus infortunios el sereno día que disipa la noche; en todos los momentos de su existencia, la protectora que cual ángel vela sobre ellos con todo el cariño materno, con toda la experiencia de quien ha sufrido las torturas que padece el pobre, tanto más suaves cuanto más secretas, puesto que el rico á sus sufrimientos añade la publicidad, á sus infortunios la deshonra mundanal, el falso oropel de la cortesía más repugnante cuando se sufre, más impertinente cuando lloramos, ó bien ese olvido, signo con que el mundo marca al que cayó del poder, de la fortuna, del puesto que ocupaba, espina cruel que tritura el corazón de quien se creía seguro, del que en la estimación del mundo no vió oculta la hipocrecía.

María es no solo la protectora de los pobres, es su amiga; nos lo probaría suficientemente Bernardita Saubirons, la pastora de Bartres, la vidente de Lourdes. Las revelaciones íntimas de las rocas Massabielle á la humilde y andrajosa muchacha del campo, son testimonios irrecusables de la predilección de la Madre de Dios por los pobres, de una amistad frecuentemente confirmada con repetidas visitas é íntimos secretos y encargos demasiado interesantes, para confiados sino al corazón del amigo fiel. Sin salir de Francia ni del siglo XIX, la montaña de la Saleta nos recuerda otra vez esta predilección de María: dos sencillos pastorsitos á quienes se aparece y les comunica mensajes de importancia para la humanidad, escogiendo á los rústicos niños como sus embajadores cerca de los hombres. La historia no niega á nuestro estudio varios hechos que confirman nuestros asertos, pero queremos recojer uno con todos sus detalles, para probar con irrecusable testimonio nuestra proposición.

La cumbre del Tepeyac en México, santificada con la presencia de María, es un testigo mudo que ratifica esta verdad. Las escenas pasan en América entre la Madre de Dios y un pobre indígena, uno de aquellos hombres tan ínfimos ante el mundo, que se discutió si pertenecían á la humanidad recientemente descubierta el continente americano. La Virgen no fué á escojer su embajador entre los magnates, como acostumbraban los reyes y las naciones, designando por sus representantes á las eminencias del saber, la riqueza, la guerra; le escoje sí entre los pobres, humildes, que no poseén sino una alma confiada en aquella Providencia que alimenta las aves del aire; no le

busca entre los nobles cuyos antepasados fueron la gloria de su patria, ni entre los temerarios guerreros á quien la fama eleva monumentos, ni tampoco en el seno de la riqueza y la fortuna; si así lo hubiera hecho, su proceder sería idéntico al que acostumbra el mundo, y María es la antítesis del mundo, de tal suerte que elige sus amigos en posiciones enteramente opuestas á donde éste los encuentra. La Madre de Dios hace de un pobre indígena su muy querido amigo y su mensajero fiel cerca de la Iglesia mexicana, encomendándole una misión tanto más grave, cuanto más ínfimo era el embajador y, más elevada la Reina que enviaba la embajada. No es otro el proceder de Dios, y escrito está que ha sacado perfecta alabanza de la boca de los niños de pecho; María su hija predilecta, y entre las creaturas la más semejante al Creador de todas ellas, no puede, no debe, ni ha seguido otra conducta que la de su Padre; y he aquí la realización una vez más, de aquellas sublimes frases tantas veces confirmadas, y que pronunció la misma Virgen diciendo, que Dios levanta de la nada al humilde y pobre para colocarle entre los príncipes de su pueblo, al mismo tiempo que abate el orgullo del poderoso y rico.

Era el 9 de Diciembre de 1531, en el momento que la aurora anunciaba el próximo y nuevo día. Juan Diego humilde, pobre y sencillo indígena del pueblo de Quatitlán, abandonando el lecho tan de mañana impulsado por su piedad, dirigiase al templo de Santiago de la ciudad de México, con el objeto de asistir á la Misa que en honor de María se celebraba todos los sábados del año. En el camino, y al llegar al pié del cerro Tepeyac, situado cerca de la laguna de aquel valle, oyó en la cumbre una música suavísima como de muchedumbre de canoros pajarillos, que parecían corresponderse unos á otros en armoniosos y concertados coros. Sobresaltado por la novedad, el indio alzó los ojos y vió en lo alto del cerrito una resplandeciente y blanca nube, y en su contorno un arco de varios colores, formado de los resplandores que salían del centro de la nube y semejante por su belleza al iris. Este espectáculo causaría á otro turbación y espanto; pero á Juan le produjo, por el contrario, extremado gozo, interrogándose á sí mismo qué sería lo que veían sus ojos y escuchaban sus oídos. Entonces oyó una dulce voz que le llamaba por su nombre, á cuyo eco el venturoso indígena trepó presuroso el monte, y al llegar á la cumbre vieron sus ojos atónitos, en aquella claridad, una hermosa Mujer que parecía posar sus plantas en la cabeza de un querubín y en el medio círculo de la luna creciente, ostentando un manto bordado de estrellas, y sus manos en actitud suplicante delante del pecho; en una palabra, aquella visión era tal, cual conocemos á la Virgen de Guadalupe. Los resplandores que despedía la hermosa aparición cambiaban por completo el modo de ser de los alrededores, pareciendo á la vista de Juan las piedras y los espinos de oro bruñido, diamantes y esmeraldas.

La Virgen llamó á Juan Diego hijo suyo y muy querido, declarándole que era María, Madre de Dios, y ordenando á su nuevo y humilde embajador que fuese al Obispo de México y de su parte le dijera, que era su voluntad se construyese en aquel sitio, memorable cima del Tepeyac, un templo dedicado á su honor, donde como Madre piadosa de todos los hombres, mostraría su amorosa clemencia y compasión por los indios, y por aquellos que la amaran y en sus trabajos y aflicciones solicitasen su amparo y protección, agregando que allí escucharía sus súplicas dándoles alivio y consuelo. Ordenóle también, que al Prelado dijera cuanto había visto y oído en aquellos

lugares benditos.

Adoró el indio venturoso á la celestial Reina que le había constituido embajador, á él pobre y sencillo, cerca de la Iglesia mexicana, y en cumplimiento de las órdenes que recibiera, dirigióse á la ciudad, directamente al palacio episcopal. Los familiares del Prelado hicieron poco caso del dichoso indígena al verle tan pobre y sencillo, y si no fuera por su constancia en esperar la entrada, no le hubieran permitido presentarse á Fray Juan de Zumarraga, entonces primer Obispo de México. Al fin llegó á la presencia de su Pastor, y arrodillándose ante él le manifestó la embajada de la Virgen, expresándole el deseo de María, que en la cima del Tepeyac se la erigiese un templo, refiriéndole todo cuanto había visto y oído. El prudente Prelado escuchó á Juan Diego sin despreciarle ni creerle, indicándole que volviese mas adelante; la virtud y sabiduría del Obispo de México, no eran capaces de aceptar de momento como cierta tan interesante narración, sin examen ninguno y festinadamente en materia tan delicada.

El embajador salió pues del palacio episcopal desconsolado, no por el poco aprecio que hacían de su pobre persona, sino por ver que no se realizaban las órdenes y deseos de la Virgen. Subió de nuevo el Tepeyac en la tarde del propio día, y se dignó presentarse por segunda vez la Madre de Dios; el indígena dióle parte del mal resultado de su embajada, indicándole cuánto le había costado que le permitiesen entrar hasta el Obispo, quien le había escuchado con atención, pero que, según parecía, no daba crédito á sus palabras, presumiendo que la petición de un templo no era más que una fábula de él; Juan rogó á la Aparecida que enviase cerca del Prelado una persona noble y principal á quien creerían, y no á él pobre, sencillo y plebeyo, cuya voz no sería nunca escuchada. ¡Cuán gratos debieron ser para María estos sentimientos de humildad!

Después que la Virgen indicó al indígena que tenía á sus órdenes millares de ángeles si quisiese servir de ellos, le ordenó que por segunda vez se presentara al Obispo de México, y le diese de su parte el mismo mensaje; no obstante que Juan hizo sus observaciones, temiendo que le sucediera lo que la vez primera, prometió á María obedecerle. Volvió de nuevo al palacio episcopal el domingo 10 de Diciembre, y aunque en los familiares encontró la misma acogida, el Prelado le trató de distinto modo, recibéndole con cariño y hasta con veneración. El indio de rodillas y bañado en lágrimas le dijo, que habían otra vez contemplado sus ojos á la Celestial belleza en el mismo lugar que anteriormente, y que le había repetido el encargo de la erección de un templo, y principalmente le había recomendado mucho que le certificase de que era la Madre de Dios. El Obispo le hizo muchas preguntas sobre todo lo que había visto y oído, á las que Juan satisfizo con una sencillez que daba á conocer la veracidad de su narración; de tal suerte, que la última resolución del Prelado fué exigir del indígena, el que la Virgen le diese alguna señal por donde viniese en conocimiento de que era cierto que la Madre de Dios le enviaba, en una palabra, le exigió las credenciales de su extraordinaria misión. Más aún, el Prelado temiendo siempre algún engaño en materia tan grave, llamó á algunos de sus familiares y les ordenó que con cautela siguiesen al indígena luego que él le despidiese, y que notando todo cuanto le sucediera, le diesen cuenta. Despidióse del Obispo el indígena, pero cuando llegaba á un puente sobre el rio que desemboca en la laguna, cerca del cerro Tepayac, le perdieron de vista los familiares; registraron el lugar, y no encontrándole, regresaron al palacio episcopal y dijeron al Obispo que Juan

Diego era un embaucador, y que como á tal debía castigarle si se presentaba otra vez. ¡Tales son los juicios humanos!

Entre tanto, el indio dichoso llegaba al sitio de las apariciones, donde le esperaba la Virgen sin mancha, ante quien el humilde Juan se postró de rodillas, refiriéndole lo que había pasado con el Obispo, y cómo éste le ordenó pidiese una señal para acreditar que la Madre de Dios le enviaba, y que era su voluntad la erección de un templo en aquel lugar. La Virgen, que demasiado sabía lo sucedido, con cariño ordenó á su mensajero que al siguiente día volviese de nuevo al Tepeyac, en donde le daría la señal que acreditara su misión cerca del Prelado de la Iglesia mexicana; Juan prometió hacerlo así, y se despidió con reverencia y humildad de la celestial Aparecida. Mas no cumplió su promesa; pues habiendo enfermado Juan Bernardino su tío, llegó á estar en tal peligro de muerte, que solicitó del sobrino fuese al convento de Santiago, en busca de un religioso que le administrara los postreros sacramentos, petición á la cual no se negó el indígena.

En efecto, el martes 12 de Diciembre se puso en camino para aquel convento, con el objeto de traerle á su tío los auxilios espirituales. Al tiempo de romper el alba, llegaba á la falda del monte de las Apariciones: entonces se acordó de su infidelidad para con María, y de sus promesas no cumplidas; en su sencillez y temiendo alguna reprobación de la celestial Aparecida, tomó otra vereda, juzgando que esto bastaría para que la Virgen no le encontrase. Entre recelos y temores caminaba Juan Diego, cuando vió bajar del monte á la Madre de Dios rodeada de una nube resplandeciente, saliéndole al encuentro, y luego que estuvo cerca le dijo:—“¿A dónde vas hijo mío, y qué camino es el que has seguido?” Confuso y temeroso el indígena se arrodilló, y con palabras que respiraban la sencillez de un corazón puro, se excusaba de la falta del cumplimiento de sus promesas hechas á la Virgen, pretextando la enfermedad de su tío y el encargo que iba á cumplir al convento de Santiago. María admitió sus excusas, certificándole que Juan Bernardino estaba ya sano, y que por consiguiente no tenía él ya que ir por los auxilios espirituales al lugar donde se dirigía. Contestóle el indígena entonces, que estaba dispuesto á cumplir sus órdenes cerca del Obispo, pidiendo la señal convenida. La Virgen le dijo que subiese á la cumbre del cerro, y que recogiendo en su capa las rosas que encontrara allí, volviese á su presencia; Juan estaba cierto que en aquellos peñascos áridos no había rosas y sí solo abrojos; pero obediente subió, y en la cumbre encontró un verjel de rosas primaverales, cortó cuantas cabían en la capa ó *tilma* que llevaba al hombro, y se presentó de nuevo á María que le esperaba bajo de un árbol; arrodillándose ante ella luego que llegó á su presencia. La Madre de Dios con sus manos cogió las rosas, y volviéndolas á dejar caer en la *tilma*, dijo á su embajador:—“Esta es la señal que llevarás al Obispo, diciéndole que en vista de estas rosas, haga lo que le ordeno; ten cuidado, hijo, con lo que te digo, y advierte que confío en tí; no muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le animarás para que ponga por obra mi templo.” Despidióse Juan de la Virgen y encaminóse al palacio episcopal, alegre con la confianza de que aquella señal produciría el que le creyesen, por lo cual cada rato miraba las flores, recreándose en su fragancia y hermosura.

Habiendo llegado al palacio, fué recibido por los familiares como otras veces, y de nuevo desatendido; mientras esperaba lograr la ocasión de ser presentado

al Prelado, advirtieron los sirvientes que algo llevaba en la *tilma* y el cuidado con que lo encubría, por lo que moviéndoles la curiosidad, comenzaron á forcejar con el indígena, quien resistió cuanto pudo en cumplimiento de las órdenes de su Señora; mas al fin vieron que eran rosas, y al tomar algunas advirtieron que estaban como pintadas en la *tilma*. Avisaron al Obispo, y entrando Juan Diego á su presencia, le dió la embajada de parte de la Virgen diciéndole:—“Que aquella era la señal que le había dado, de que era su voluntad se le edificase un templo.” Al decir esto, desplegó la capa, apareciendo en ella la veneranda imagen de la Virgen que se llamó de Guadalupe, no se sabe si estampada ó tejida, cayendo al suelo una porción de rosas frescas y lozanas, todavía con el rocío matinal como habían sido cortadas. Atónito el Prelado ante aquellos prodigios, no sabía qué admirar más, si la imagen de la Virgen ó las rosas. Entonces asombrado y reverente, reconoció el dedo de Dios en aquellos sucesos, dió crédito al humilde mensajero, veneró la imagen y ordenó fuese colocada en su capilla, divulgándose en breve el prodigio por toda la ciudad de México.

Juan, aquel pobre y desconocido indígena, el que hubiese despreciado los grandes de la tierra para constituirle mensajero, el embajador de la Virgen, permaneció durante el día en el palacio episcopal, agasajado del Obispo, considerándosele como persona honrada por María. Al siguiente, 13, el Prelado partió en persona acompañado del indígena, para que le mostrase éste el sitio de las apariciones, y en donde se debía construir el templo conforme á los deseos expresados por la Virgen. Luego que Juan Diego indicó el lugar de los prodigios, actuó con el cual terminaba su misión de embajador, solicitó del Obispo el permiso para ir á ver á su tío, á quien había dejado enfermo grave en la madrugada del día 12; el Prelado ya enterado de lo sucedido á este respecto en la última aparición, ordenó á algunos de sus familiares fuesen con el indígena para que, examinado el caso, le diesen cuenta de todo. Encontraron á Juan Bernardino perfectamente sano y como si no hubiese tenido enfermedad alguna; se hicieron después escrupulosas investigaciones, cuyo resultado fué que el tío de Juan Diego había sanado á la misma hora que la Virgen lo dijo en Tepeyac en la última aparición. Enterado de todo el Obispo, se llevó á los dos indígenas á su palacio para que allí habitasen, como personas dignas de la mayor veneración, por haber intervenido en aquellos prodigios del Cielo.

Viendo el Prelado el inmenso concurso de fieles que venían á visitar en su capilla á la Imagen milagrosamente estampada en la *tilma* de Juan Diego, hizo que se trasladara á la Catedral, interin se construía el nuevo templo pedido por María. Cuando éste se terminó, fué conducida en solemne procesión á aquel santuario, donde es venerada por todos los pueblos de América como joya de exquisito valor, sobre quien han pasado más de tres siglos sin afear su celestial belleza, siendo el refugio de los mexicanos, y dando motivo al santuario más célebre del mundo de Colón.

Los Concilios provinciales de la Iglesia mexicana declararon á Nuestra Señora de Guadalupe, patrona y protectora de las Diócesis de América á donde alcanzaba su jurisdicción; la Santa Sede le concedió *Oficio* y Misa propia en su fiesta, y Agustín I, (Iturbide) fundó la Orden religioso-militar de caballería bajo el título de esta celestial Aparición, la que siendo varias veces restaurada, otras tantas fué extinguida, y la cual se han honrado en llevar como un honor sabios, artistas, guerreros, obispos, diplomáticos y toda clase de personas distinguidas.

¡Quién creyera todo ésto cuando Juan Diego se acercaba por vez primera al palacio episcopal de México!; quién pensara que el nombre de aquél pobre indígena correría de boca en boca, haciéndose célebre en los fastos de las iglesias de América!; quién hubiera dicho que los reyes y potentados, se honrarían llevando sobre su pecho las insignias de una Orden, vivo recuerdo del despreciado indígena! Sin embargo, este es el sello inequívoco de las obras de Dios.

JESÚS FERNÁNDEZ.

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

—El día 29 del pasado mes, inauguró sus sesiones el Congreso de los católicos austriacos, habiendo asistido á esta primera sesión 2,000 personas, entre las cuales se hallaban gran número de prelados y todos los prohombres del partido católico. El presidente propuso al Congreso que se pidiera por telégrafo á León XIII su bendición para las tareas del Congreso y para los que concurren á él. De paso se envió á Su Santidad un mensaje, haciendo protestas calurosísimas contra la violación de los derechos de la Iglesia, heridos con el cautiverio del Papa y con la privación del poder temporal. Reclama luego el mensaje la restauración plena de la soberanía temporal del Papa, y protesta contra la conclusión de todo convenio internacional, que, tratando de la situación del Pontificado, se haga sin el asentimiento del Papa.

—El Congreso Católico de Viena celebró el día 2 su última sesión. Entre otros acuerdos, ha resuelto que el próximo Congreso se celebre en 1890. Los católicos se proponen proseguir con más energía, si cabe, la campaña á favor del restablecimiento del poder temporal de la Santa Sede. La concurrencia fué brillantísima, aplaudiendo calurosamente un telegrama de felicitación que, en nombre del Congreso Católico Español, dirigió al austriaco el cardenal Benavides. El obispo de Kahn pronunció un notabilísimo discurso sobre las escuelas confesionales. El príncipe de Lichstenstein abordó elocuentemente la cuestión social, exponiendo sus peligros y los remedios que puede poner el Catolicismo. El obispo Bauer usó luego de la palabra, exponiendo la necesidad de que el Papa goce de absoluta independencia en el ejercicio de su augusta y elevada misión, manifestando que los derechos de la Santa Sede son imprescriptibles. Terminó dando un viva al Papa y otro al emperador Francisco José, que fueron contestados calurosamente por todo el auditorio. El cardenal Ganglbauer dió la bendición á los individuos del Congreso, y declaró éste terminado.

—Respecto á la tolerancia religiosa en Rusia, dice una correspondencia: "Exíjese que todos los que han nacido de padres *ortodoxos* (de la religión griega cismática) se bauticen con arreglo al ritual *ortodoxo*, y sopena de ser deportados á la Siberia, se les prohíbe cambiar de religión y educar á sus hijos en otra diferente. Si algunas familias se libran de este rigor, débenlo á *ukase* especial, que sólo se les concede en casos muy extraordinarios.

—La princesa Eugenia, que acaba de morir, ha legado á varias instituciones benéficas en Suecia toda su fortuna, ó sea un millón y medio de coronas.

—La Orden Benedictina se ha reformado en Austria, en el Capítulo general reunido en San Pedro de Salzburgo. Se ha establecido más estrecha clausura y la asistencia al coro, aboliéndose los peculios.

—El mensaje que el Episcopado americano ha enviado al Papa se expresa con grande energía en la

cuestión romana. El mensaje fué entregado hace pocos días al Santo Padre por el Dr. O'Connell, rector del colegio americano en Roma. Comienza por sentar que el Episcopado católico americano está profundamente afectado por la situación actual del Papa, porque Su Santidad ha caído en manos de los impíos y está expuesto diariamente á innumerables vejaciones. Los Obispos protestan enérgicamente contra "la ocupación de Roma," que califican de "crimen atroz." Los Obispos continúan diciendo, que la rabia de los enemigos del Papa aumenta diariamente, y que el catolicismo romano es violentamente atacado hasta en Roma. Protestan enérgicamente contra el Código penal recientemente votado por el Parlamento italiano, haciendo notar que es una intolerable y abominable ley, dirigida, no solo contra los católicos, sino aún contra la persona misma del Papa, y terminan manifestando su esperanza de que el Todopoderoso defenderá al Papa y á la Iglesia y castigará á sus enemigos.

—Los bárbaros modernos.—Entre los muchos proyectos que abriga el Gobierno italiano para quitar poco á poco á Roma su carácter monumental, existe ahora el de la construcción de un puente de hierro por encima del Foro romano y de las históricas ruinas y los célebres santuarios existentes en esta parte de la antigua Roma. Cuando Lord Dufferin, representante de la Gran Bretaña cerca del Quirinal, ha tenido noticia de este proyecto, ha dicho que no debería tolerarse este nuevo atentado contra el carácter monumental de la Ciudad Eterna, puesto que "*Roma, según palabras textuales, es propiedad, no solo de Italia, sino del mundo entero.*"

SECCION DE VARIEDADES.

REMITIDO.

CONSTE, que yo, Lucas Nério, Cura encargado de las Parroquias de San Miguel de Mercedes y Ranchos, he sido visitado é invitado, esta semana, por el señor Inspector General de Escuelas de este Departamento de Chalatenango, Doctor don Rengifo Núñez, para que cooperase en la enseñanza de los niños y de las niñas en las escuelas oficiales de mis Parroquias dichas, á lo que contesté: que sí cooperaría, llevando á las Escuelas el Catecismo de la Doctrina Cristiana, pues se debe vivir y morir como cristiano.

A ésto el señor Doctor Nuñez nada me contestó.

En otro caso, *qui tacet, consentire videtur*, el que calla, otorga; mas aquí ese mutismo queria decir:—"Hay una ley en el Estado que prohíbe la enseñanza de la Doctrina Cristiana en las escuelas."

Pues bien, á mí también me prohíben la Iglesia y mi carácter de Sacerdote Católico intervenir en la enseñanza *láica, gratuita, obligatoria*.

Por cnya virtud, es como si nada hubiésemos hablado con el señor Inspector General de Escuelas.

Y lo publico para que mas tarde no se diga que es por indolencia mía, que no invito ó coopero de algún modo en la enseñanza, á que aludo.

Déseme facultad por quien tenga poder suficiente, para llevar á las Escuelas el Catecismo de la Doctrina Cristiana y la Moral, que antes había, que también era cristiana, y evitar todo lo que sea contrario á la Religión Católica, y seré todo para las escuelas.

LUCAS NÉRIO.

Presbítero.

Ranchos, Junio de 1889.

¿Es cierto que hay Dios?

Hallábanse un dia reunidos una porción de suge-

tos que se suponían á sí mismos *muy ilustrados*: acababan de comer, y, como sucede con frecuencia en tales casos, se pusieron á tratar de religión, negando hasta la existencia de Dios, declamando contra El con la mayor violencia.

No deja de ser chocante que para hablar de un asunto tan serio, se elijan momentos tan poco á propósito para ninguna cosa de formalidad.

Entre los convidados había uno católico sincero é instruido que callaba, conociendo lo inútil de entrar en aquel momento en disputa con sus compañeros. Preguntáronle éstos su dictámen en el momento en que estaba dando el reloj: contentóse con enseñárselo con el dedo, diciéndoles estos versos tan significativos:

Tengo por gran disparate,
Cuanto más lo considero,
Que pueda andar un reloj,
Sin que lo haga un relojero.

No sabemos lo que responderían los amigos, pero trabajo les había de costar el sacudirse el argumento que encierran aquellos versos con aplicación á su pregunta.

Un insecto, un guijarro, una florecita, bastan para cerciorarnos de la existencia de Dios. ¿Pueden ellos haberse criado á sí mismos? ¿Puede haber un efecto sin causa?

Si no hay Dios, esto es, si no hay un Ser supremo que todo lo ha criado y que lo gobierna todo, ¿quién ha hecho el cielo, la tierra, las estrellas, el sol y el mundo?

¡Conque todo esto se *habrá hecho ello solo á sí mismo!* ¿Qué dirías de uno que, enseñándoos una casa, os dijera:—“¿Vé V. esa casa? pues se hizo ella sola.”

Diríais que aquel hombre estaba loco ó trataba de burlarse de vosotros.

Si una casa, si un reloj no pueden hacerse solos, ¿cuánto menos podrán criarse á sí mismas las maravillosas criaturas que llenan el universo, principian-do por nuestro propio cuerpo y su maravillosa organización?

¿Queréis saber lo que significa en buen castellano esa expresión: *No hay Dios?* Pues bien, traducido en lenguaje corriente, quiere decir:

—*Soy un bribón, tengo miedo á Dios y quisiera que no lo hubiese.*

Copiado.

La Caridad.

Un ambicioso, devorado por la sed de lucro, se encontraba en la desesperación, bien que en medio de ella no dirigía sus súplicas á la muerte, sino á la fortuna.

De improviso se abrió la puerta de su habitación, apareció una especie de hada, y le dijo:

—Tus votos han sido escuchados, y serán cumplidos

—¡Gran Dios!

—Vas á ser rico, como jamás lo ha sido hombre en la tierra.

—¿Es posible?

—Tendrás para gastar diariamente cinco millones de reales.

—¡Cinco millones!

—¿Aceptas?

—¡Que si acepto!

—Déjame acabar. El pacto tiene una condición.

—La admito de antemano.

—Te comprometerás á gastar todos los días íntegramente los cinco millones, bajo pena de que, si te queda una sola moneda al dar las doce de la noche, caerás muerto.

—¿No es más que eso?.. La cláusula es risible y no me da miedo.

—Entonces, negocio concluido.

—Concluido...

Y nuestro hombre inauguró su nueva vida. Al principio todo iba bien; compró muebles, animales, fincas, carruajes, caballos... Los cinco millones de reales se iban fácilmente; pero á medida que pasaban los días, la tarea se hacía más difícil. Jugaba la suerte irónica le perseguía, y ganaba.

Sus fincas le producían rentas tales, que venían á aumentar de un modo lamentable los cinco millones. Ya no sabía que hacer.

Un día, ignorando de qué modo valerse, arrojó un rollo de billetes por la ventana; la casualidad hizo que los recogiera un hombre de bien, que se daba por ofendido de aceptar cantidad alguna hallada.

En resúmen, llegó un momento en que, á pesar de todos sus esfuerzos, “el pobre rico” no había podido gastar los cinco millones obligatorios. Aún no habían sonado las doce de la noche, cuando apareció la funesta hada.

—Vas á morir,—le dijo.

—¡Perdon!

—¡No, no hay perdón!

—He hecho cuanto he podido por cumplir con mi obligación.

—¿Lo creés así?

—He agotado todos los medios para gastar este maldito dinero.

—Todos... menos uno... el bueno.

—¿Cuál?

—La Caridad.

Copiado.

El catolicismo de ciertos católicos.

Habrán Vds. visto por esos mundos de Dios, á muchas personas que se llaman católicas y que no renunciarían á su *catolicismo* á cuatro pares de tiro-nes. Observen Vds. que he dicho *Su catolicismo*; porque es de saber que estas buenas gentes son tan *vividoras*, que no han sosegado hasta dar con un catolicismo de su invención particular, aplicable á sus particulares usos y costumbres; tan hábiles é ingeniosos, que pretenden hallar el medio de estar bien con todos, en este y en el otro mundo, como decía un amigo nuestro.

Para ellos el principio de la filosofía aristotélica, en virtud del cual, *una cosa no puede ser y dejar de ser al mismo tiempo*, es una tontería: la verdadera filosofía consiste en hacer que una cosa *sea y no sea*, en vivir según la voluntad de Dios sin perjuicio de la soberanía de la nuestra, en estar á las *maduras* pero no á las *crudas* del catolicismo.

Semejante aberración nos recuerda el caso de cierto sujeto, que, en el último trance, llamó á un sacerdote y le dijo:

—Padre, quiero confesarme.

—Bien, hijo: y ¿cuánto tiempo hace que no se ha confesado V?

—Veinte años, Padre.

—Pues ¿no iba V. todos los días á Misa mayor y á Vísperas?

—Sí, señor; en verano, porque la iglesia estaba fresca, y en invierno, porque estaba caliente.

Pues ni más ni menos acontece con estos señores católicos hasta cierto punto: llamarles herejes cismáticos ó paganos sería echarles un gato á la cara; porque, eso sí, ellos son católicos ante todo y sobre todo. Recordarles, por otra parte, la consecuencia y la lógica, esto es, pedirles que, supuesto que se llaman católicos y reclaman la consideración y el honor debidos á los católicos, obren como tales en todo y por todo, es imponerles un sacrificio incompatible con su vergonzante egoísmo y sus humanos respetos.

Preguntadles: ¿créen Vds., por ejemplo, en la misión divina de la Iglesia y de su Pontífice?

—¡Pues no faltaba más! responderán; no me toquen Vds. á la Iglesia: nadie me gana á respetar al venerable Anciano, sucesor de san Pedro. ¿Me crée V. protestante?

—Pero vamos á cuentas: ¿profesa V. la infalibilidad del venerable Anciano, sucesor del Principe de los Apóstoles?

—Le diré á V.: como eso ha sido una treta del jesuitismo, no creo que para ser buen católico sea menester admitir la infalibilidad del Padre Santo.

—Pero á lo menos estará V. conforme con el *Syllabus*.

—En parte sí, y en parte no: soy católico: pero también hombre del siglo y del progreso indefinido y de las ideas modernas... En ese documento hay ciertas rarezas...

—¡Ya! me voy convenciendo de la veneración que V. profesa al venerable Anciano.

—¿Se permite V. dudarle? Pues bien; sepa V. que he figurado en la lista de donativos para el Dinero de san Pedro.

—Nunca he visto su nombre de V... ¡Ah! vamos, lo ocultaría V. por modestia.

—Si, eso es; por modestia, por pura modestia. No vaya V. á presumir que por otra cosa. Yo no me avergüenzo de ir á Misa.

—Ni de confesarse tampoco.

—En efecto: no dejo de confesarme; sólo que siendo este un acto de humildad, procuro ejecutarlo lo más escondidamente posible: luego, si le ven á uno, le apellidan *neo*, mogigato...

—Y V. quiere pasar por despreocupado y hombre del siglo.

—La verdad, en ciertas cosas no dejo de serlo. Ahí tiene V.: Jo del ayuno es una de las que siempre se me han resistido. Pues tocante la bula... se me ha metido en la cabeza la aprensión de que el dinero que en ella se emplea es mejor emplearlo en velas para el Santísimo...

—Vamos que, ó V. está tocado, ó es V. un racionalista de tomo y lomo. ¿Cómo se explica, si no, que admitiendo la autoridad de la Iglesia, diga V. y practique semejantes desbarros?

—Esas no son cosas de la Iglesia, sino de los Curas que las han inventado para embaucar á las gentes y sacar los cuartos.

—Conque ¡tambien clerófobo! ¡Conque ahora salimos con que pertenece V. al número de los que adoran á la Religión, pero aborrecen á sus ministros! Hombre, ¿quién le ha llenado á V. la mollera de tanto disparate? ¿Pretender un catolicismo sin Curas, vale lo mismo que soñar con una propiedad sin propietario, ó una medicina sin médicos, ó un ministerio sin ministros, pongo por ejemplo. ¿Cree V. que el Dios católico es como el Júpiter de la mitología, que para nada se curaba de los mortales? ¿O es que arguye V. con esa peregrina lógica de los que piensan que el sacerdocio no debe existir porque hay sacerdotes indignos? Por esa cuenta, la humanidad misma habria de quedar suprimida, puesto caso que en ella abundan los hombres de la calaña de V. y otros que no sé si llamarlos peores.

Copiado.

La ambición.

Cogió un niño cierto día
Una flor bella del Prado
Y su aroma delicado
Aspiró con alegría.

Y exclamó con dulce acento
Embragado con su olor:

—Madre, quisiera ser flor
Para embalsamar el viento.

Entre tanto que así hablaba,
Una avecilla ligera
Cruzó la fértil pradera
Donde el niño se encontraba.

Y al verla el niño rehacio
Dijo con acento grave:

—Madre, quisiera ser ave
Para cruzar el espacio.

La brisa entonces gimió
Y con movimiento blando
Una nube fué elevando
Que de vista se perdió.

Siguiendo el niño su vuelo,
Dijo con voz altanera:

—Madre, ser nube quisiera
Para llegar hasta el cielo.

Un suspiro de cariño
La madre dejó escapar,
Y luego sin vacilar,

De este modo dijo al niño:

—“Insensatas ambiciones
Ocupan tu corazón;
Hoy solo caprichos son,
Mañana serán pasiones.

Segeta tu anhelo extraño
Y así feliz vivirás;
No hay nada que amargue más
Que la hiel del desengaño.

Quieres en tu empeño loco
Ser flor, ser ave, ser nube;
Muy alta tu mente sube
Y el niño vale bien poco.

Hombre llegarás á ser,
Y cuando pierdas la calma,
¡Ay de tí, niño del alma,
Si no te sabes vencer!

No tu pensamiento asombre
Ser flor, ser nube, ser ave.

¡Dichoso el hombre que sabe
Llegar al fin á hacer hombre!

Ricardo G. Bacorelle.

A un sabio descreído.

A las leyes de Dios haciendo frente,
En tenebroso mar sin norte vagas,
É infundes con la duda que propagas
Hielo en el corazón, sombra en la mente.

No es del noble saber la sed ardiente;
Es el orgullo la pasión que halagas;
Sin ver que el fuego celestial que apagas,
Es el del consuelo y del amor la fuente.

La duda no es la ciencia, es el vacío:
La eterna luz del cielo desprendida
Triunfará siempre de tu error impío.

¿Y cuáles glorias tu soberbia alcanza?...
Dar no puede esplendores á la vida
Quien mata la ilusión y la esperanza.

El Marqués de Valmar.